

CIERRO LOS OJOS Y TE ENCUENTRO

Elena cruzó el puente y llegó al camino de la antigua casona. Apenas pisó la tierra roja del sendero, comenzó a sentir el aroma dulzón de los jazmines cercanos, ahora esplendorosos por las intensas lluvias.

El sonido de un violín le recordaba su voz calma y grave; su perfume de madera y de tabaco; y creía escuchar a través de los altos ventanales un lamento lejano, el llanto apagado de aquella mujer.

Suavemente comenzó a subir las escaleras de mármol -ya no más blanco-, gastadas por las marcas de lejanos pies jóvenes que habían reído y llorado, bailado y disfrutado en lejanas épocas de gloria en las que eran amigos, compañeros de romances y secretos compartidos.

Amanda le abrió lentamente la puerta sin hablarle y la dejó pasar. Sabía lo que Elena venía a buscar, podría devolverle y hacer suya la cita de Cortázar que Alfredo repetía en su delirio: “aunque no te estoy buscando, cierro los ojos y te encuentro”.

Habían pasado más de veinte años y ella necesitaba saber ¿qué había pasado?, ¿qué se hizo de lo que juntos construyeron?, ¿Cómo había sido su despedida final?, ¿La había recordado antes de morir, la había nombrado ante la eminencia de la muerte?

Amanda sabía que Elena quería conocerlo todo; recobrar el tiempo, y el ritmo de las canciones que habían guardado en la memoria, en las conversaciones profundas o banales, en las músicas amadas que parecían desprenderse de los volubles cortinados, de los sillones, de aquellas paredes manchadas, envejecidas.

Entró resuelta, con el paso seguro de quien reconoce el terreno y, luego de escuchar estuvo segura de su amor, de ese amor que ni los años, ni las convenciones habían logrado exterminar. Supo que había permanecido en su mente como una dolorosa presencia por su ausencia, y que él había lamentado destruir el dulce paraíso de ingenuamente creyeron poseer.

Amanda, doblegando su orgullo le confió que siempre su sombra se interpuso entre los dos, y llorando le entregó las últimas cartas que él le escribiera y que ya no valía la pena esconder como las anteriores. Estaba vencida, con voz áspera le confesó toda la verdad y sin más palabras, la vio partir altiva y serena como había llegado con su vestido turquesa que parecía ondularse al sonido del violín que poco a poco se apagaba. Había estado viviendo una mentira, un “como si” edificado en base a secretos y apariencias. Un amargo sollozo le raspó la garganta y se alejó de la luz, para cerrar los ojos y ver si de ese modo podía encontrarlo, y sentirlo suyo aunque fuera una vez.